

3. El infortunio de ser “viejo”: análisis fenomenológico-hermenéutico-existencial de la vejez como posibilidad de un estado impropio del ser

ALEX BRAVO*



DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.368.03>

Resumen

Cuando se llega a viejo, puede no hallarse en armonía consigo mismo. Se puede experimentar abatido, con dolores y malestares. Es como si se viviera con una protesta crónica de alta intensidad por sentir que se ha alcanzado una etapa de la vida en donde todo cansa.

Habitamos un tiempo-espacio en donde se crece y vive desarrollándose en un ajetreo frenético. Exclamando que no se tiene tiempo, que no hay tiempo y que el tiempo no alcanza. Y de pronto el paso de los años se ve reflejado en la existencia misma. Mirando al pasado con melancolía, perdiendo la esperanza por el futuro. Ser viejo se convierte en una experiencia solitaria. Lo que lleva al cuestionamiento: ¿cómo mueren nuestros viejos? En sillas de ruedas, escleróticos, intubados, con dolores terribles por algún cáncer, psicotizados, en agonía y solitarios, como consecuencia de un estado impropio de ser, con su mundo.

Palabras clave: *vejez, sabiduría, ser, impropio, propio, posibilidad, terapia existencial.*

* Maestro en Análisis Existencial Fenomenológico por el CIR-EX, director del Grupo de Estudio en Fenomenología-Existencial y académico en Universidad Humanista Hidalgo. Correo electrónico: cypesc@gmail.com

El tema de la vejez emerge desde mi siguiente punto de vista fenomenológico-hermenéutico-existencial.

Entonces, primeramente, se suele hacer referencia a lo que ya no es útil como viejo. Por lo que es común usar expresiones que pueden hacer referencia a un significado único. Por ejemplo, “ya estás viejo”, que puede emplearse para calificar a alguien que tiene una lesión muscular o un estado de ánimo enojado y amargado. Del mismo modo, la expresión “tíralo ya está viejo”, se puede asociar con una fecha de caducidad y que por lo tanto ya no sirve más. De la misma manera, “ya me siento viejo”, es una dicción para referirse a no poder hacer las cosas que antes sí se podían hacer con mayor facilidad. Esto muestra cómo la palabra *viejo* puede tener una connotación de desgaste, inservible, descompuesto o caduco. Tal como ocurre en nuestra actualidad, puede verse que muchas personas que ya son viejas son expulsadas de sus trabajos, de sus casas, abandonadas en alguna morada de retiro para personas de mayor edad, son expuestas a enfermedades o dejadas solas y a su suerte. Es como si en nuestro tiempo ser viejo fuera sinónimo de abandono y olvido. Aunque no siempre fue así. Vale decir que en una época y en otro tiempo, ser viejo era equivalente de sabiduría y conocimiento.

La vejez es una etapa del desarrollo de la vida. Por consiguiente, al ser testigos de este evento nos convertimos en portadores del infortunio de la vejez. Vale decir que cuando se mira a un hombre viejo, se piensa irremediablemente en que tarde o temprano también existe la posibilidad de que se tendrá ese cuerpo. Por eso somos el infortunio de la vejez, que a su vez lo propagamos. No obstante, la vejez es una etapa del desarrollo humano, claro, si lo vemos desde la etapa psicosocial de la que habla Erik Erikson.¹

Analizando lo psicosocial y el paso del tiempo, también para los estándares en que lo escribe, se consideraba para ese entonces que quien era mayor de 65 años era un adulto mayor. Es decir, se encontraba en la etapa de la vejez. Aunque anteriormente está el adulto medio y previamente el adulto temprano, que es el joven, y precedentemente el adolescente y primeramente la niñez y antes la infancia, la segunda infancia y la primera

¹ Psicólogo y psicoanalista reconocido por sus contribuciones en psicología del desarrollo humano.

infancia y la lactancia y el primer mes, que es la etapa del recién nacido, aunque también se llega a concebir como la etapa cero o como la etapa intrauterina. En general, esas son las etapas, que en este caso las describo en orden inverso.

Ahora bien, Erik Erikson plantea diferentes planteamientos en cada etapa, aquí solo resumiré la primera y profundizaré en la segunda. En cada etapa, cabe resaltar, hay una virtud a desarrollar. Por ejemplo, la primera etapa es la confianza, desconfianza. Confianza básica vs. desconfianza básica. Si los primeros años se viven de acuerdo a como lo plantea Erikson, entonces se contará en la vida con la virtud de la confianza básica, y aunque se pueden tener dificultades siendo un adulto, se tiene la confianza de que todo se va a resolver. Esto es la confianza básica. Aquí lo que cuenta es la relación madre-hijo. Y así se va continuando en cada etapa, hasta que se llega a la última, que es la de la vejez o la del adulto mayor. Aunque es un término que debería replantearse, porque si hay un adulto mayor, por ende debería haber previamente un adulto menor. Pero ¿quién es un adulto menor? El término por sí mismo remite a que es un adulto a medias y no un adulto completo.

De acuerdo con el planteamiento de Erik Erikson (1985): "La integridad parece traer consigo una exigencia peculiar, tal como ocurre con la fuerza específica que postulamos como algo que madura a partir de esta última antítesis: la sabiduría". En la vejez lo que se tiene que desarrollar es la sabiduría. Quien está viejo o vieja, deberá haber sido un hombre sabio, una mujer llena de conocimientos en las etapas previas de su desarrollo humano. Opcionalmente podrá haber sido un hombre de conocimiento o una mujer con sabiduría, pero necesariamente, si se vive esa etapa adecuadamente, una mujer sabia, un hombre sabio, será el resultado final. Me gustaría resaltar que es sabiduría, mas no el conjunto de conocimientos. Y para llegar a esta etapa y vivirla adecuadamente deberán haberse vivido "bien" todas las anteriores.

No obstante, ¿cómo se puede llegar a la vejez y ser sabio en medio de tanta carencia, de tantas dificultades, de tantas exigencias y de tanta miseria? Dicho de otra manera, en la miseria, agreguemos que están las enfermedades violentas, teratológicas e incapacitantes. Más aún, ahí es donde se acaba la vida. Es donde solo se verá una agonía de cierta cantidad de años. Y los

años serán una enorme carga. Miseria, porque mientras la persona gozaba de una autonomía personal, es decir que podía moverse, andar y hacer las cosas por sí sola, eligió en las anteriores etapas de su desarrollo humano pasar su vida haciendo solo una cosa de manera interminable como una convulsión de la acción. Con su autonomía y libertad nunca se detuvo para pararse frente a un espejo y decir: ese soy yo, ni siquiera para preguntarse: ¿ese soy yo? O tal vez para cuestionarse: ¿quién es ese que dice ser yo? O de la manera más sencilla, pero igualmente profunda: ¿quién soy yo? Ciertamente no hubo tiempo para preguntárselo. Y es que “el rasgo físico percibido con disgusto adquiere un lugar preponderante en la existencia e impide invertir realmente el propio ser como totalidad” (Le Breton, 2010). Y si alguna vez, lo hizo fue de manera pseudointelectual, distante y desensibilizada, racional, y así no se puede conocer sobre el ser humano como existente. En otros términos, el sabor de la manzana que miró caer de un árbol Isaac Newton no se puede conocer abordándolo racionalmente, se tiene que probar. De esa manera uno puede conocer a qué sabe una manzana. Ver quién soy, es algo que debe abordarse para tener un conocimiento de sí mismo. No ponerse a pensar en quién pudo haber sido o quién será en el futuro. Si se pone a pensar, solo se construirá una idea de quién es. Pero no se contestará auténticamente, quién soy. Y esa es una realidad completamente distinta. No tiene nada que ver una con la otra.

Por otra parte, algunas ciencias estancadas en el programa de formación tradicional o de siglos pasados trabajan sobre la base de la idea de lo que es un ser humano. Por eso parten de principios generales, teorías generales, porque se aplican a uno y a otros. Pero esa no es una diferenciación, por el contrario, hace que entonces se caigan estas ciencias al querer demostrar que en los hechos se deja de ver al ser humano como una persona y únicamente lo ve, lo coincide, lo trata y se relaciona con él como una cosa y no como el ser que es. Entonces, las cosas se pueden generalizar. Y lo que es peor, el ser humano suele convertirse en una cosa. Por eso “es más cómodo cambiar el cuerpo que la existencia” (Le Breton, 2010) Pero la existencia es, como se dice en la terapia Gestalt de campo, “una a la vez”. El ciclo Gestalt, el ciclo de contacto, es el que inicia, termina. Inicia, termina. Es uno a la vez. Una experiencia, solo una, puede estar en primer plano. Hay multitud de sensaciones, pero no son experiencia. La experiencia es lo que está

en primer plano. Y es lo que se hace, lo que se está pensando, lo que se está viendo, lo que se está sintiendo en ese preciso instante cuando uno se siente viejo. Heidegger preguntará por el sentido del ser. Nosotros debemos preguntar: ¿quién es ese viejo?

Heidegger (1997) señala:

El Dasein se comprende siempre de sí mismo desde su existencia, desde una posibilidad de sí mismo: de ser sí mismo o de no serlo. El Dasein, o bien ha escogido por sí mismo estas posibilidades, o bien ha ido a parar en ellas, o bien ha crecido en ellas desde siempre. La existencia es decidida en cada caso tan solo por el Dasein mismo, sea tomándola entre manos, sea dejándola perderse. La cuestión de la existencia ha de ser resuelta siempre tan solo por medio del existir mismo.

Una vez arrojado al mundo tiene que existir. Existir es la apertura. Para Heidegger, en los modos de ser se pueden ver dos modos generales: el modo de ser propio y el impropio. Pero somos arrojados al mundo de la cotidianidad. Y en el mundo de la cotidianidad es la impropiedad.

Por lo tanto, surge de la cotidianidad. De la publicidad o lo que hace ser público. Público, en el hecho de hacer lo que los demás, publican lo que ven. Para Heidegger se es Dasman en lo que se tiene que decir, hacer lo que dicen que se tiene que hacer, pensar en lo que se tiene que hacer, se relaciona con las personas que dicen que se tiene que relacionar. Y se comporta como se tiene que comportar Y, por lo tanto, no existe. Se vive, pero no existe. La existencia es impropia. Un viejo se quiere vestir como un joven, quiere parecerse a un joven, repudia lo viejo, lo evade, le incomoda, en consecuencia, “la resolución de las dificultades existenciales se funda completamente en la corrección de la zona rechazada del rostro o del cuerpo: la soledad, la timidez, el fracaso, la juventud que se va” (Le Breton, 2010).

A propósito, “el Dasein, es su aperturidad”, reitera Heidegger (1997). Lo que significa que puede haber una modificación, por algún momento de aperturidad y que se viva de forma propia, aunque se vuelve otra vez a la impropiedad. Conviene especificar que lo escrito es para aquellos que fomentan la inclusión de los derechos de los viejos pero no aceptan sus propias señales de envejecimiento, que pueden vivir exclamando que son

auténticamente viejos, cuando en realidad podrían no haberlo hecho. Porque realidad es volverse real. Un hombre que se opera para ocultar las arrugas de su rostro y dice sentirse joven y no como un viejo no es real.

Entonces, en la etapa de la vejez me atrevo a mirar que en gran parte de las personas es producto de esa irrealidad. Por lo tanto, si una persona que vive en un estado de impropiedad, que fue fóbica de sí misma, que se la pasó siempre huyendo de su ser, de sí misma y eso a cualquier costo, haciendo todo lo posible por borrar de su memoria las experiencias que no le resultaron gratas y así no quedarse con ellas por años y tal vez toda la vida. Siendo esas experiencias incluso olvidadas, aun teniendo presencia real, pero ya orilladas, ahora se mueven a su propio arbitrio, y en la oscuridad del olvido, como la maleza, crecen. Y las veinticuatro horas del día someten a la persona. Entonces la autonomía personal y psicológica que diga tener está severamente puesta en entredicho, por los asuntos pendientes, y exclama: “no soy el que pudiera yo ser”. Por consiguiente tratan de borrar todo signo de su propia vejez. Se ocultan las canas, gastan en costosas cremas para opacar las manchas, se operan para no mirar las arrugas del tiempo presentes en su propia corporalidad. “El individuo anciano no puede no reconocerse ya en sus actividades, puesto que no debe rendirle más cuentas a su rostro” (Le Breton, 2010). Se desprecia la propia vejez, porque no hay confianza de ser quien se es.

El ser es un poder ser. El ser, no es ser. Ser, es ya pasado. El pasado es. Ya es. Igual que la hoja de este libro ya es. Ya no puede ser de otra manera. Ya es. El ser en cambio es un poder ser. Se es futuro, presente-futuro, presente-pasado. Entonces, ese poder, que a su vez puede ser, se ha quedado, en la mayoría de los casos, fuera de la propia vida. Y además, se puede encontrar por donde quiera personas que no pueden ser. Personas que dicen: “Voy a hacer ejercicio”, y sí lo empiezan pero después ya no continúan. Indican: “Voy a ponerme a dieta”, pero tampoco le dan seguimiento. Exclaman: “Voy a quitarme esta tristeza”, mas no pueden. Señalan: “Me voy a acostar a dormir”, pero no lo consiguen. Se mueven de un lado a otro, se cobijan y se descobijan, miran su celular, encienden la televisión, se bañan, toman un té, y nada sienten que les ayuda a conciliar el sueño. Entonces beben, consumen alguna sustancia, buscan algún remedio que les ayude a embrutecer todo eso que sienten. Dopan su existencia. Han (2019) nos

señala “que el dopaje es una consecuencia de este desarrollo, en el que la vitalidad misma, un fenómeno altamente complejo, se reduce a la mera función y el rendimiento vitales”. Por su puesto se termina concluyendo que ese no poder es algo que la naturaleza otorgó, es algo con lo que se nace. Y podría no ser cierto, porque al final podría ser como uno mismo se está construyendo. Pero se evita la construcción de sí mismo, optando por una existencia dopada.

Por consiguiente, gran parte de las enfermedades se imputan, aparte de negligencias, o de factores ambientales y desfavorables, y se atribuyen a la edad. Sobre todo al paso del tiempo. A mayor edad, mayor probabilidad hay de enfermarse. De tal modo que la vejez² viene a ser la etapa donde todo lo deteriorado se observa por todas partes. En todo caso, qué afortunados somos de que todo lo que viva, muera. No puedo imaginar a un Sísifo cargando su piedra por la eternidad, con su cuerpo viejo y deteriorado por las enfermedades y malestares de este siglo. Después de todo, en un estado impropio de ser, es que en el estar viejo no se ve bien, no se oye bien, no se camina bien, no puede atenderse por sí solo, está deprimido, tiene miedo de morir, no quiere estar solo, y, sin embargo, está solo. Siente que su vida no tiene mayor sentido, aun teniendo aliento, pero solo de pensar en todos los deterioros o en verlos en otro viejo se cuestiona: ¿vivir para qué?, asumiendo que debe batallar con su cuerpo y su mente, y de nuevo al siguiente día volver a batallar. En la etapa final de su vida, que ya es lo más pesado que existe, llegar a viejo se convierte en una tragedia.

No obstante, desde mi mirada, las enfermedades, aparte de las que ocurren de manera natural por el desgaste o por estar en ambientes que influyen en la salud, siendo desfavorables, como las altas y las bajas temperaturas, algún virus o algún otro factor, son también esas entidades morfológicas que uno mismo va creando, que caen desde un principio bajo la propia responsabilidad. Y aunque no parezca real, es uno mismo quien las decide.

Así se deciden también todos los asuntos pendientes que son aplazados, porque aparte, como indica Max Jiménez (2011), “estamos coludidos, vivimos en colusión”. Dicho de otra manera, se está bien si uno hace como que no ve su propia vejez y otros también hacen como que no la ven. Si alguien

² Y me refiero desde un estado impropio de ser.

deja a un lado sus asuntos pendientes, otros posiblemente lo harán también. Y hasta se habla de cómo se sueña, se imagina o se planea ser viejo, pero solamente desde generalidades, por lo tanto no se expresa nada de quién se está siendo. Y se vale no decir nada, después de todo, ¿quién realmente dice quién está siendo cuando habla?, ¿quién habla con apropiación? Porque sin apropiación es habladuría, es ambigüedad. Para hablar así se requiere silenciarse. Y del silencio dejar que nazcan las palabras. Pero si de joven no se aprendió a estar en silencio, ni se dio el tiempo para escuchar las experiencias que solo florecen al callar, entonces siendo viejo se experimenta una energía deletérea venenosa muy mortífera.

Por esta razón, en un estado impropio del ser, se llega muy deteriorado a la vejez. ¿Y cómo es que ocurre? Igual que si me llenara de comida chatarra. Si niego mi ser de manera sistemática. Si siento un ser de movimiento y suprimo la actividad física como el ejercicio. Además si se huye de sí mismo, no queriendo saber, no queriendo pensar, no queriendo sentir, no queriendo recordar, no queriendo imaginar, no queriendo suponer, no queriendo ver, no queriendo oír, no queriendo enterarse. Con el paso de los años cabe la posibilidad de que se termine demente, porque se hace todo lo posible por no pensar, por no sentir, por no saber, de sí mismo. Pero yo soy yo, lo que yo haga, lo hago yo, pero si yo soy alguien ciego, desensibilizado, que no siente, no piensa, no oye, sordo, mudo, ciego, porque no quiero sentir, eso que hago va ser poco trascendente y con eso estaré preparando mi llegada y mi futuro, un antidesarrollo en la vejez. Todo esto se vive con la razón y la voluntad, porque así se nos ha enseñado, pero la razón y la voluntad nos llevan a ese estado de ruido (olvido) amargamente perdido en la vejez. Puesto que no necesariamente se tienen que padecer enfermedades, los viejos no deben ser físicamente débiles. No necesariamente se debe tener una cognición disminuida. No se debería restringir la dieta relacional.

Cuando no se mora en un estado impropio del ser, se puede contar con la posibilidad de poder llegar a viejo y se puede tener a su pareja y tener sexo. ¿Por qué creer que ser viejo es también el final de la energía sexual? También se puede ser viejo, ser intelectualmente brillante y trabajar exitosamente. Y estar físicamente fuerte, en cuanto que correr, brincar, tener resistencia física, fuerza física, todo eso es posible en esa etapa que llaman la vejez.

Ciertamente habría que repensar el nombre, porque la palabra *vejez* está llena de connotaciones negativas. Se le dice adulto mayor, adulto en plenitud, pero en un estado impropio de ser se llega sin nada de plenitud, porque antes no se vive con plenitud, debido a que la sociedad no está hecha para que el ser humano sea. Sí está creada para funcionar, pero resulta que solo las cosas son las que funcionan. Aunque el ser humano es quien termina dándose el trato de una cosa funcional.

Lo miro frecuentemente en mi consultorio cuando un paciente llega a terapia y dice: "Lo único que quiero es ser funcional otra vez", "quiero ser más funcional de lo que soy". Un reloj funciona, pero el ser humano no funciona, yo soy o no soy. Ser o no ser. No es funciono o no funciono, pero lo es, porque habitamos los términos de que vivimos en una sociedad del trabajo-explotador y como consecuencia el cansancio es el síntoma de nuestro tiempo. "El ser humano en su conjunto se convierte en una, máquina de rendimiento, cuyo objetivo consiste en el funcionamiento sin alteraciones y en la maximización del rendimiento" (Han, 2019). Tan explotador que las leyes de los países empiezan a cuestionarse el hecho de que el ser humano se pase toda su vida trabajando, y de esa forma reventarlo para que no tenga un momento para sí mismo. Aunque si lo tiene huye despavorido, porque necesita hacer algo. Estamos enfermos de actividad. Socialmente, por ejemplo, es severamente condenado y vergonzoso llegar a viejo y solo dormir y no hacer nada. Si una persona no es útil, no ayuda, ni aporta, termina siendo excluida. Si alguien se queda dormido en un horario laboral o se mueve lento y no puede seguir el ritmo acelerado de la sociedad, lo despiden. Y es que llegar a viejo es estar en un movimiento de lentitud. Lento se refiere a hacer las cosas a la velocidad que se requiera, no de manera desenfrenada, entonces la sabiduría se adquiere en saber hacer las cosas a su debido tiempo. Y si no se da el tiempo siendo joven para adquirir sabiduría de sí mismo, siendo viejo se estará perdido.

Prueba de ello es poner a una persona sin internet y ver si lo va a soportar. Posiblemente va tener golpes de angustia, de desesperación, muy fuertes, incluso va sentir que se pierde sin su juicio de realidad, puede incluso psicotizar. Por consiguiente, "el exceso del aumento de rendimiento provoca el infarto del alma" (Han, 2019), porque el ser humano se pasa huyendo de sí mismo, haciendo cualquier otra cosa, drogándose, emborrachándose,

comiendo grasas saturadas, consumiendo cosas con muchas calorías, sin valor nutritivo. No se moviliza, no se ejercita, convirtiéndose en alguien débil, pesado y torpe. Es decir, a la menor sacudida los mata un paro cardíaco, una diabetes, un derrame cerebral, un infarto fulminante, una colitis, y la lista de malestares puede continuar, y se debe tener en cuenta que esto ya ocurre en muchos jóvenes. Por supuesto que al llegar a la vejez será en condiciones deplorables.

El ser humano está muy infatuado. El mayor acto de soberbia que tiene es que dice que tiene un dios, que lo ama, y lo asiste en cada momento difícil que existe. No hay acto de soberbia mayor. Y claro que lo necesita, porque se desampara voluntariamente. Prefiere los peores problemas, enfermedades, accidentes, antes de girar la mirada y empezar a mirarse y sentirse a sí mismo.

Dice un pensador: “Nunca las grandes obras quedarán sin castigo”. Todo aquel que hizo algo bueno lo mataron, en un mundo, en una sociedad que es para que se trabaje, y que el valor principal es el trabajo. Y donde desde que se nace se enseña que, “se dice buenos días”, “se dice gracias”, “dale un beso a tu abuelo”; ello es así porque ya desde pequeños se invalida la aspiración a ser sabio, porque lo están capacitando para el trabajo. Lejos de enseñarles a los niños a pensar por sí mismos, se les dice: “Obedece y siéntate hasta que acabes”. “Lo están capacitando para el trabajo, puesto que el sujeto de rendimiento sigue disciplinado” (Han, 2019), y un viejo no siempre obedece. Un viejo hasta puede ser primero testarudo y luego rebelde.

En el trabajo debe obedecer sentado, trabajando y no sintiendo. Borrarse de sí mismo, y convertirse en la tarea que tiene que realizar y que no tiene nada que ver consigo mismo, pero que se hace, porque ahí se dan a cambio unos pesos que nunca alcanzarán para cubrir los gastos médicos. Que en una sociedad así no se produzca, y ahí en ese trabajo se deja todo su futuro, toda su belleza, toda su salud, toda la vida, todas las esperanzas, toda la fuerza. Se trabaja por más de 30 años para conseguir una jubilación y pensión, pero ¿a qué costo? Al de uno mismo. Se llega a viejo pensando que se viajará por el mundo y se podrá vivir libremente, pero muchos se la pasan recorriendo hospitales y centros psiquiátricos. Lo que es terrible y me lleva a cuestionar: ¿cómo están muriendo nuestros viejos? ¿Qué tipo de viejos habitarán nuestro país en los siguientes años? ¿Enfermos?, ¿depresivos?,

¿cansados? Esto es el capitalismo. En la historia de la humanidad el capitalismo llegó y destrozó todos los medios de vida, creó y puso una fábrica en cada rincón del mundo exclamando que de nueve a nueve se tiene que trabajar para obtener unos cuantos pesos a la semana, y que si no se acepta siempre habrá un ejército de desempleados. Hace más de 500 años los viejos eran quienes daban un consejo, eran las personas a quienes se recurría para pedir sabiduría. Ahora yacen en el olvido, en una tienda con la cabeza agachada poniendo cosas en una bolsa, en una banqueta sentados pidiendo dinero, debajo de un puente, vendiendo algún producto, mientras que la población joven pasa sin mirarlos e ignorándose a sí misma.

Se debe de imaginar el trabajo como una condena, como una cárcel la cual al parecer no se puede salir. Y no es solamente eso, sino que también se dice hacia dónde uno se tiene que dirigir, que es hacia el dinero. Hacer, hacer, hacer, para tener dinero. Para tener objetos. Para tener una seguridad y calidad de vida. Porque se vive para trabajar. Es un pecado severo, mortal, estar sin hacer nada. Con lo anterior, entonces, “¿cuál es la última ritualización incorporada al estilo de la vejez? Creo que es filosófica, pues al mantener algún orden y significado en la desintegración de cuerpo y mente, también puede defender una esperanza duradera de sabiduría” (Erikson, 1985), pero para ello se necesita de las pausas, la demora, la lentitud, el silencio, el sentimiento. Incluso la prereflexión. Pero esas son simplezas para la sociedad del trabajo. Al apropiarse, al poder ser, se adueña de la existencia, de la experiencia. No solo se borran las limitaciones que se imponen. No solo se disuelve el dolor que imponen, sino que todo eso libera muchísimas posibilidades, y es cuando uno se llena de vida y entonces se convierte una persona que puede hacer muchísimas cosas. Por esta razón vivimos enajenados, fuera de nuestro propio ser, alejados de nosotros mismos, usando siempre el pensamiento para encubrirnos y querer sepultar todo aquello que la sociedad llama negativo. Es entonces, que solo nos dedicamos a tener, tener, tener, para comprar muchas cosas y a tener todos esos objetos que hacen menos pesada la experiencia de envejecer. Creyendo que ya casi se llega al éxito y se llega en un estado deshecho, pero se llega.

Se necesita de una sociedad para hacerlo, y no existe. Observo las salas de terapia con una mirada fenomenológica-hermenéutica-existencial como

un oasis de posibilidades, y es que es mucha responsabilidad seguir en la tarea natural de ser, es decir, apropiarse de lo que se pueda. Si no es como lo dice Nietzsche (2020):

No nos conocemos a nosotros mismos, nosotros los conocedores. Pero esto tiene su razón de ser. Si nunca nos hemos buscado, ¿cómo íbamos a encontrarnos algún día? “Con razón se ha dicho: donde está vuestro tesoro, allí está también vuestro corazón”; nuestro tesoro está donde hallan las colmenas de nuestro conocimiento. Estamos siempre de camino hacia allí, como animales dotados de alas desde su nacimiento y colectores de la miel del espíritu y en realidad, es una sola cosa la que íntimamente nos preocupa: “traer algo a casa”. En lo que se refiere al resto de la vida, a lo que se ha dado en llamar “vivencias”, ¿quién de nosotros tiene siquiera la seriedad suficiente para ello?, ¿o el tiempo suficiente?

¿Cómo podría haber sucedido eso que propone Nietzsche? Si nunca nos hemos preguntado nada, si no queremos preguntarnos algo, ¿cómo es que nos vamos a conocer?

Finalmente, Erikson (1985) reflexionó que sin duda “es necesario volver a considerar y repensar el rol de la vejez”, y es que miró la vejez en una persona que habla cada vez menos del futuro. Aquel que se la pasa hablando del pasado. Quien habla en tiempo pasado desde una mirada existencial, está viejo porque no se atreve a experimentar vivencias que alimenten a su espíritu. No importa la edad, la edad es secundaria, se puede ser viejo con la energía creativa de un niño. Yo pienso que envejece aquel que pierde la vida, ese es viejo, el que ha perdido la vida, el que está errado, el que vive en pecado, se puede tener 80 años y estar en el esplendor de la vida, claro, si se tuvo el tiempo suficiente para conocerse a sí mismo. Por eso vemos a un empresario tener 85 años que se va a cualquier parte del mundo a poner un pequeño negocio; desea emprender porque está cargado de futuro. Y quienes son jóvenes se la pasan respondiendo a la vida: “No sé”. Aunque lo hacen pagando un alto costo, porque son palabras que matan y anulan al poder ser. Sin embargo alguien que dice “haré esto” “y eso”, y que lo lleve a cabo, esa persona es joven, reitero, sin importar la edad. Y es que cuando el estado de estar en el mundo no es uno impropio del ser, no importa la edad que

se tenga, esto es algo que se va a poder ver en su físico, en su forma de ser, en sus emociones, en su capacidad de logro, en su capacidad para llenar espacios con su presencia. Es alguien a quien al verlo dirán de forma auténtica: cuando esté viejo quiero verme y ser como él.

Referencias

- Erikson, E. (1985). *El ciclo vital completado*. México: Paidós.
- Han, B.-C. (2019). *La sociedad del cansancio*. 2ª. ed. Barcelona: Herder.
- Heidegger, M. (2012). *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta.
- Le Breton, D. (2010). *Rostros. Ensayo de antropología*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Martínez, Y. A., y Signorelli, S. (2011). *Perspectivas en psicoterapia existencial. Una mirada retrospectiva y actual*. México: LAG.
- Nietzsche, F. (2020). *Genealogía de la moral*. México: Editores Mexicanos Unidos.